



Sin título (fragmento) | Hernando Rivera

Los rosales de mamá

Manuel Dorado

Narrador español e ingeniero aeronáutico

Las rosas del invernadero de mi madre no olían. Eran, además, de colores poco lucidos: rosa palo, salmón desvaído, blanco sucio. Con todo, se podría decir que ni tenían buen color ni tenían buen olor. A mí, que era ya casi un hombrecito en aquel tiempo, no me parecía que valieran nada. Y algo así debía de pensar mi padre, que solo se ocupaba del ronroneo continuo de su fábrica que, para ser sinceros, producía toda nuestra prosperidad. Pensarán que a qué venía entonces cultivar rosas, invertir aquel enorme invernadero adosado a la fábrica de latones de papá, si aquellas flores ni adornaban, ni se podían vender ni daban alegría alguna, y que, si me apuran, diríase que ofendían a la misma primavera. Bien: mamá se las comía.

Y no solo se comía las rosas, también se bañaba en ellas: en agua tibia cubierta de pétalos, quiero decir; y se frotaba su cutis, siempre un poco verduoso, con pasta de estambres y pistilos; y hacía licor de espinas y también ungüentos con los tallos. Las rosas de mamá, que se criaban casi silvestres entre los vahos que subían de los escombros sobre los que se construyera el invernadero, servían para todo. Al menos, a ella le servían.

Papá tenía una entrada a la rosaleda desde la fábrica, y una vez por la mañana y otra por la tarde, bajaba de su oficina en la planta alta de la factoría e iba a tomar el té con mamá. «Todo va bien, el latón se vende bien», le informaba él y ella le servía un té con dos o tres pétalos de color pardo flotando sobre el líquido rojizo. Él se acariciaba las patillas y se bebía la infusión e incluso charlaba un



rato con los pintores impresionistas, que mi madre invitaba al invernadero, y que venían desde París o la Polinesia a tomar té con pétalos a nuestro rincón de la campiña. Después, mi padre volvía a las oficinas de ladrillo, a discutir con el contable gordo y con el ingeniero barbudo. En esos tiempos, la fábrica marchaba bien y las rosas alimentaban el cuerpo y el alma huidiza de mamá.

Mi padre, siempre que podía, me informaba de todo lo que discutía con el contable y el ingeniero, me aleccionaba, me adoctrinaba en el negocio del latón. Mamá me acariciaba el pelo y me mostraba los tallos espinosos, como si hubiese que ver alguna belleza en ellos. Pero yo, tengo que reconocer, nunca entendí del todo ni el monstruo mecánico que escupía latas prensadas ni la floresta del edificio de cristal. Lo más que atisbé una tarde de lunes de otoño fue que las cosas se ponían feas entre el latón y los pétalos: mi padre había decidido que, ante los vientos de guerra que empezaban a olerse en el país, la fábrica se debía ampliar y muchas más paredes de ladrillos rojos debían ser construidas. Pero... «¿En el espacio preciso que ocupan mis rosales?». Mamá se untó un bote entero de ungüento de espinas y estuvo sin levantarse de la cama durante una semana y media. Cuando se levantó y vio el camión que traía los ladrillos, se tragó una botella de licor de estambres y anunció que se iba a casa de su hermana, en París, hasta que amainase el vendaval de cemento.

En poco menos de tres meses, papá logró hacer la ampliación de la factoría. Y, para que mamá volviera a nosotros, consiguió además replicar el invernadero unas docenas de metros más allá, junto a la nueva pared de la fábrica. Muchos rosales murieron en el trasplante, pero muchos otros sobrevivieron. Y como parecía que la tierra era mejor que la escombrera donde se asentaba antes el invernadero, los rosales supervivientes, fortalecidos quizás por el esfuerzo de sobrevivir, solazados en la nueva ala, en la que no daban sombra las chimeneas, y mucho mejor regados por un sistema que montó *ad hoc* el ingeniero barbudo de mi padre..., los rosales, digo, dieron unas rosas que olían a cuello de musas del Parnaso, y cuya coloración parecía retar a los pinceles más atrevidos de los impresionistas de París y la Polinesia. «A mamá le van a encantar».

Cuento: Los rosales de mamá... Manuel Dorado

Pero cuando mamá vio aquello, al volver traslúcida y blanca de París, casi se muere del disgusto. «¿Dónde están mis rosales? ¿Dónde están mis rosales?». «Son los tuyos —decía papá—, han mejorado, ¿no ves?». Durante veinte meses mamá solo lloró.

Ese invierno fue demasiado caluroso. Los siguientes, demasiado largos. Los pintores se mudaron a nuevos continentes y comenzaron a pintar trazos que ni mi madre conseguía entender. La guerra hizo que se derribaran muchos ladrillos, por todas partes. Se levantaron nuevas cristaleras, aquí y allá. Cuando, después de muchos veranos grises e inviernos asfixiantes, las estaciones empezaron a ordenarse de nuevo de forma cabal, yo volví del frente y el negocio de mi padre pasó a mis manos. El negocio y los rosales. El frente de latón y pétalos. Y toda la responsabilidad.

Solo moví una pared. Para ser sincero, dirijo la fábrica peor de lo que lo hacía mi padre. Hago lo que puedo, peleándome todos los días con el enjuto contable y el ingeniero cuadrulado, al que ya le blanquea la barba. Me reconforta, no obstante, ver que el cutis de mi madre sigue tan terso como cuando yo era niño y me acariciaba, con sus manos delgadas y de piel como olivácea, entre las ramas retorcidas y espinosas de los rosales. Mi padre se acaricia las patillas y toma el té con ella una vez por la mañana y otra por la tarde, en el invernadero, en silencio. Él me suele observar, yo diría que ensimismado, desde aquel último movimiento de ladrillos. Dos o tres pétalos arrugados flotan sobre el líquido pardo.

Recepción: noviembre 22 de 2022

Aceptación: diciembre 5 de 2022

Manuel Dorado

Manolo.dorado.us@gmail.com

Nacionalidad: española. Radica en Madrid, España, donde ejerce como ingeniero aeronáutico. Escribe relatos y novela. Obtuvo el premio TIFLOS por *Amores distópicos* (2022); fue seleccionado en la sección literaria del Festival Internacional de Cine Fantástico de Sitges con su novela *El efecto Midas* (2020). Obtuvo el Premio Internacional "Patricia Sánchez Cuevas" en Madrid y mención honorífica en el Premio "Julio Cortázar" de Montevideo. Publica en revistas y antologías.



Sin título (fragmento)
Artista: Hernando Rivera